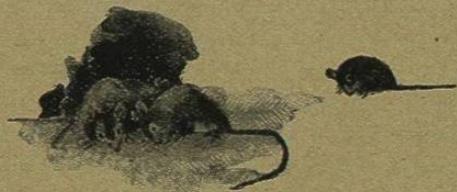


me quedo y me quedaré mientras no se marchiten las flores que acaba de traerme.

— ¡Ah! — exclamó Marcelo — ¡el caso es que se marchitarán dentro de dos días! Si lo hubiera sabido hubiera tomado siemprevivas.

Quince días después, Musette y Marcelo vivían juntos, y aunque con frecuencia se hallaban sin dinero, llevaban la vida más agradable del mundo. Musette sentía por el artista una ternura que nada tenía de común con sus pasiones anteriores, y Marcelo empezó á temer que estaba seriamente enamorado de su amante. Ignorando que ella también temía estar hondamente enamorada de él, observaba todas las mañanas el estado en que se hallaban las flores, cuya muerte debía ser causa de la ruptura de sus relaciones, y le costaba mucho comprender la renaciente frescura en que se mantenían. No tardó mucho en poseer la clave de aquel misterio: una noche se despertó y no halló á su lado á Musette. Se levantó, corrió al estudio, y sorprendió á su amante que se aprovechaba cada noche de su sueño para ir á regar las flores y evitar que se marchitaran.



VII

LA CORRIENTE DEL PACTOLO

Era el 19 de Marzo... Y aunque llegue á alcanzar la avanzada edad de Raoul Rochette (1), que presencié la construcción de Ninive, Rodolfo no olvidará jamás aquella fecha, pues en aquel mismo día, fiesta de San José, á las tres de la tarde, nuestro amigo salía de casa de un banquero, después de haber cobrado la suma de quinientos francos en monedas conantes y sonantes.

El primer uso que Rodolfo hizo de aquella tajada de Perú que acababa de entrar en su bolsillo, fué el de no pagar sus deudas, atendido á que se había jurado á sí mismo dedicarse á la economía y no hacer ningún gasto extraordinario. Por lo demás, tenía respecto á esto ideas extremadamente concretas, y decía que antes de pensar en lo

(1) Arqueólogo francés (1789-1854).

superfluo, era indispensable proveer á lo necesario; merced á estas ideas no pagó á sus acreedores y compró una pipa turca, tras la cual andaba desde hacía mucho tiempo.

Cargado con su compra, se dirigió á casa de su amigo Marcelo, que le daba albergue de algunos meses á esta parte. Al entrar en el estudio del artista, los bolsillos de Rodolfo sonaban como un campanario de aldea en día de fiesta mayor. Al oír aquel ruido insólito, Marcelo pensó que era uno de sus vecinos, gran jugador á la baja, que contaba los beneficios de la última jugada, y murmuró:

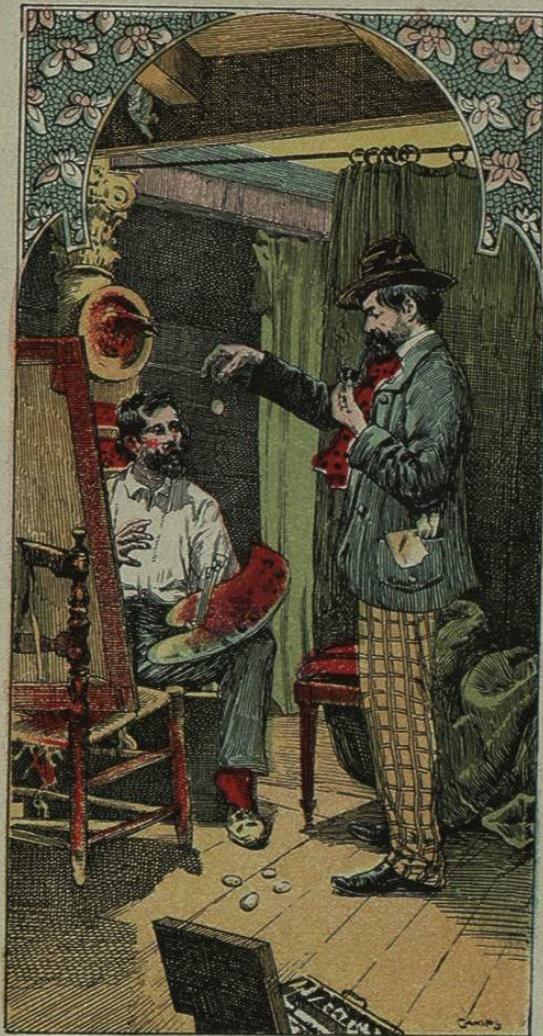
—Ya vuelve ese intrigante con sus epigramas. Si esto dura, dejo este piso. No hay medio de trabajar con este alboroto. Esto da ganas de abandonar el oficio de artista pobre para dedicarse al de ladrón.—Y sin ocurrírsele por un momento que su amigo Rodolfo estaba metamorfoseado en un Creso, Marcelo volvió á su cuadro de *El paso del mar Rojo*, que hacía tres años estaba en el caballete.

Rodolfo, que aún no había pronunciado una palabra, meditando por lo bajo un experimento que iba á hacer en su amigo, se decía:

—¡Cómo nos vamos á reír! La cosa no dejará de ser divertida,—y dejó caer una moneda de cinco francos al suelo.

Marcelo levantó los ojos y miró á Rodolfo, que estaba serio como un artículo de la *Revista de Ambos Mundos*.

El artista recogió la moneda con aire de satisfacción y la acogió con gran cortesía, pues, aunque pintorzuelo, sabía vivir y era muy atento con los extraños. Sabiendo, además, que Rodolfo ha-



—Ni usted se divertiría—opuso Musette,—ni nos dejaría divertir á nosotros. Reflexione usted que, con toda seguridad, ese muchacho me besará.

—Musette—dijo Mauricio,—¿ha visto alguna vez personas tan acomodaticias como yo?

—Señor vizconde—replicó Musette,—un día que me paseaba en coche por los Campos Eliseos en compañía de lord ***, encontré á Marcelo y su amigo Rodolfo que iban muy mal vestidos, sucios como perro de pastor y fumando su pipa. Hacía tres meses que no veía á Marcelo, y me pareció que se me saltaba el corazón por la portezuela. Hice detener el coche, y durante media hora estuve conversando con Marcelo delante todo París que pasaba por allí en carruaje. Marcelo me ofreció pastelillos de Nanterre y un ramo de violetas de un sueldo, que puse en mi cintura. Cuando se despidió, lord *** quería llamarle para invitarle á comer con nosotros. Le di un beso por la molestia. Y aquí tiene explicado mi carácter, mi querido señor Mauricio; si no le gusta, dígalo en seguida, y me llevo mis zapatillas y mi gorro de dormir.

—¡Alguna vez es una dicha el ser pobre!—exclamó el vizconde Mauricio con acento de envidiosa tristeza.

—¡Ah, no!—dijo Musette.—Si Marcelo hubiese sido rico, yo no le hubiera abandonado nunca.

—Vaya usted—dijo el joven estrechándole la mano.—Hoy se ha puesto el vestido nuevo—añadió,—que le sienta á maravilla.

—Es verdad, tiene usted razón—confirmó Musette;—tal vez lo he presentido esta mañana. Marcelo gozará de las primicias. ¡Adiós!—exclamó—me voy á comer un poco de pan bendito por la alegría.

Musette llevaba aquel día un espléndido vestido; jamás encuadración tan seductora había encerrado el poema de su juventud y de su belleza. Además, Musette poseía instintivamente el genio de la elegancia. Al venir al mundo la primera cosa que debió buscar con la mirada, fué un espejo para arreglarse los pañales; y antes de ir á las fuentes bautismales, había cometido ya el pecado de coquetaría. En la época en que su posición era de las más humildes, cuando estaba reducida á las telas de indiana estampada, á las cofias con lazos y zapatos de piel de cabra, había logrado entusiasmar con aquel pobre y simple uniforme de las costurerillas. Esas lindas muchachas, medio abejas, medio cigarras, que trabajan cantando toda la semana, sólo pedían á Dios un rayo de sol los domingos, amaban con todo su corazón y á veces se echaban de una ventana. Raza desaparecida ya, gracias á la actual generación de jóvenes: generación corrompida y corruptora, pero más que todo vanidosa, tonta y brutal. Por el gusto de hacer malignas paradojas, se han burlado de esas pobres niñas por sus manos mutiladas por las santas cicatrices del trabajo, y ellas han acabado por no ganar lo suficiente con que comprarse pomada de almendras. Poco á poco han logrado inocularlas su vanidad y su estupidez, y desde entonces ha desaparecido la griseta. Nació entonces la loreta. Casta híbrida, criaturas impertinentes, bellezas mediocres, mitad carne, mitad cosméticos, cuyo gabinete es un mostrador en el que venden pedazos de su corazón, como pudiera hacerse de tajadas de rosbif. La mayor parte de esas muchachas, que deshonran el placer y son la vergüenza de la galantería moderna, no llegan á tener frecuentemente la inteligencia de las bestias con cuyas plu-

mas se adornan los sombreros. Si algunas veces, por casualidad, logran sentir, no precisamente amor, ni siquiera capricho, sino deseo vulgar, es á beneficio de algún insípido danzante que la absurda multitud rodea y aclama en los bailes públicos, y que los diarios, cortesanos de todos los entes ridículos, celebran con sus elogios. Aunque se vió obligada á vivir en ese mundo, Musette no adquirió ni sus costumbres ni su porte; no tenía el servilismo avaro, común á esas criaturas que no saben leer más que á Barême y no escriben más que números. Era una muchacha inteligente y espiritual, por cuyas venas corrían algunas gotas de sangre de Mansu; y rebelde á toda imposición, no pudo jamás resistir un capricho, fuesen las que fuesen las consecuencias.

Marcelo fué en realidad el único hombre á quien amó. Era por lo menos el único por quien había sufrido realmente, y fué menester toda la volubilidad de sus instintos que la impelían hacia «todo cuanto resplandece y todo cuanto suena», para que se separara de él. Tenía veinte años, y para ella el lujo era casi una cuestión de salud. Podía prescindir de éste por algún tiempo, pero no renunciar á él completamente. Conociendo su inconstancia, no quiso jamás poner en su corazón el cerrojo de un juramento de fidelidad. Fué amada ardientemente por muchos jóvenes para quienes había sentido también irresistible inclinación; y siempre procedía con ellos con una probidad prevenida; las relaciones que aceptaba eran simples, francas y rústicas como las declaraciones de amor de los campesinos de Molière. Usted me quiere y yo le quiero á usted; choque, y hagamos la boda. Diez veces, si lo hubiera querido, Musette hubiera hallado una posición estable, lo que se llama un

porvenir; pero ella no creía gran cosa en el porvenir, y profesaba respecto á él el excepticismo de Figaro.

—El mañana—decía á veces,—es una fatuidad del calendario; un pretexto cuotidiano que los hombres han inventado para no hacer lo que les conviene hoy. El mañana es quizás un terremoto. Sea lo que quiera, el hoy es la tierra firme.

Un día, un caballero galante con quien había estado unos seis meses, y que se había enamorado perdidamente de ella, la propuso seriamente el matrimonio. Musette se le rió á las barbas al oír la proposición.

—¿Poner mi libertad en prisión con un contrato de matrimonio? ¡Jamás!—dijo ella.

—Es que me paso la vida temblando por el temor de perderte.

—Aún me perderías más pronto si fuera tu mujer,—respondió Musette.—No hablemos de esto. Además, yo no soy libre—añadió, pensando sin duda en Marcelo.

Así atravesó su juventud, con el espíritu flotando á todos los vientos de lo imprevisto, haciendo dichosos á muchos y haciéndose casi dichosa á sí misma. El vizconde Mauricio, con quien estaba por entonces, se acostumbraba difícilmente á aquel carácter indomable, ébrio de libertad; y no sin sentirse aguijoneado por cierta impaciencia mezclada con celos, esperó la vuelta de Musette después que la vió partir para ir á casa de Marcelo.

—¿Se quedará allí?—se preguntó durante toda la noche el joven clavándose ese interrogante en el corazón.

—¡Ese pobre Mauricio—se decía Musette por su parte,—halla todo eso algo violento! ¡Qué im-

porta! Hay que ir educando á la juventud.—Luego, lanzando su imaginación á otros ejercicios, pensó en Marcelo, á quien iba á ver; y mientras pasaba revista á los recuerdos que despertaba en ella el nombre de su antiguo adorador, se preguntaba á qué milagro se debería el que hubiera un banquete en su casa. Volvió á leer, por el camino, la carta que el artista le había escrito, y no pudo evitar una impresión de tristeza. Pero duró solo breves instantes. Musette pensó, con razón, que menos que nunca era aquella ocasión de desconsolarse, y como en aquel momento soplara una fuerte ráfaga, exclamó:

—Es curioso, si yo no quisiera ir á casa de Marcelo, el viento me llevaría.

Y prosiguió su camino apretando el paso, alegre como un pájaro que vuela hacia su primer nido.

De pronto empezó á nevar con abundancia. Musette buscó con los ojos un coche. No vió ninguno. Y como se encontraba precisamente en la calle donde vivía su amiga la señora Sidonia, la que le mandó llevar la carta de Marcelo, Musette tuvo la idea de entrar un momento en casa de aquella mujer, para esperar que el tiempo le dejara proseguir su camino.

Cuando Musette entró en casa de la señora Sidonia, encontró allí una numerosa tertulia. Estaban continuando una partida de lansquenete que hacía tres días que duraba.

—No se incomoden ustedes—dijo Musette,—no hago más que entrar y salir.

—¿Has recibido la carta de Marcelo?—le susurró al oído la señora Sidonia.

—Sí—respondió Musette;—voy á su casa; me

ha invitado á comer. ¿Quieres venir conmigo? Te divertirás.

—¡ Ah, no, no puedo!—exclamó Sidonia, designando la mesa de juego.—¿Y mi alquiler?

—Hay seis luises—dijo en alta voz el banquero que mezclaba la baraja.

—¡ Yo pongo dos!—gritó la señora Sidonia.

—No soy intransigente, tallo por dos—respondió el banquero que había ya pasado varias veces.—Rey y as. Estoy perdido—prosiguió dejando caer las cartas,—todos los reyes están muertos.

—Aquí no se habla de política—observó un peñodista.

—Y el as es el enemigo de mi familia,—concluyó el banquero que dió vuelta todavía á un rey.—¡ Viva el rey!—gritó.—Pero, señora Sidonia, mándeme usted dos luises.

—Tenlos en la memoria,—exclamó Sidonia, furiosa por haber perdido.

—Me debe ya quinientos francos, hermosa,—dijo el banquero.—Llegará usted á mil. La paso de mano.

Sidonia y Musette conversaban en voz baja. La partida continuó.

A la misma hora próximamente se sentaban á la mesa los bohemios. Durante toda la comida Marcelo estuvo inquieto. Cada vez que oía rumor de pasos en la escalera, se le veía palidecer.

—¿Qué tienes?—preguntaba Rodolfo.—Parece que esperas á alguien. ¿No estamos todos, acaso?

Pero por una mirada que le lanzó el artista, comprendió cuál era la preocupación de su amigo.

—Es verdad—se dijo,—no estamos todos.

La mirada de Marcelo quiso decir Musette; la mirada de Rodolfo quería decir Mimi.

—Aquí faltan mujeres—dijo de pronto Schounard.

—¡ Vive Dios!—aulló Colline.—¿Te callarás con tus observaciones libertinas? Hemos convenido en que no se hablaría de amor, porque agría las salsas.

Y los amigos volvieron á beber á grandes sorbos, mientras que por fuera la nieve caía siempre, y en el hogar ardía con resplandor la leña mandando cohetes de chispas.

En el momento en que Rodolfo cantaba á toda voz la estrofa de una canción que acababa de leer en el fondo de su copa, llamaron repetidamente á la puerta.

Al oír aquel ruido, como un buzo que tocando con el pie el fondo del mar, vuelve á la superficie, Marcelo, perturbado por un principio de borrachera, se levantó presurosamente de su silla y corrió á abrir.

No era Musette.

Un caballero apareció en el umbral, llevando en la mano un papelito. Su aspecto parecía amable, pero su bata estaba muy mal confeccionada.

—Parece que les encuentro á ustedes en buena disposición—dijo al ver la mesa, en cuyo centro aparecían los restos de una colosal pierna de cordero.

—¡ El casero!—exclamó Rodolfo:—que se le rindan los debidos honores.

Y se puso á tocar generala en su plato con el cuchillo y el tenedor.

Colline le ofreció su silla, y Marcelo gritó:

—Vamos, Schounard, una copa de lo claro para el señor. Llega usted á tiempo—dijo el artista al propietario.—Estábamos brindando á la salud de la propiedad. Este amigo, el señor Colline, estaba

diciendo cosas conmovedoras. Y puesto que ha venido usted, volverá á empezar en su obsequio. Empieza otra vez, Colline.

—Dispensen ustedes, señores—dijo el propietario,—no quisiera estorbar.

Y desplegó el papelito que llevaba en la mano.

—¿Qué impreso es ese?—preguntó Marcelo.

El casero, después de pasear por la habitación una mirada inquisitorial, vió el oro y la plata que habían quedado encima de la chimenea.

—Es el recibo—dijo rápidamente,—que he tenido ya el honor de hacerle presentar otra vez.

—Es verdad—dijo Marcelo,—mi fiel memoria me recuerda perfectamente ese detalle; era un viernes, el ocho de octubre, á las doce y cuarto; está muy bien.

—Tiene ya mi firma—observó el propietario;—y si no le fuese á usted molesto...

—Caballero—dijo Marcelo,—deseaba verle. He de hablar extensamente con usted.

—Estoy á sus órdenes.

—Hágame usted el obsequio, antes, de tomar un sorbo—prosiguió Marcelo obligándole á beber un vaso de vino.—Caballero—repitió el artista,—usted me remitió ha poco un papelito... con una imagen que representa una señora sosteniendo unas balanzas. El mensaje llevaba la firma de Godard.

—Es mi hujier—dijo el casero.

Por cierto que hace muy mala letra—observó Marcelo.—Mi amigo, que sabe todas las lenguas—continuó designando á Colline—mi amigo trató de descifrar aquel despacho, cuyo porte cuesta cinco francos...

—Era una orden de desahucio—dijo el casero,—como medida de precaución... es la costumbre.

—Una orden de desahucio, precisamente—asintió Marcelo.—Yo deseaba verle para que tuviéramos una conferencia á propósito de aquella acta, que quisiera convertir en escritura de arrendamiento. Esta casa me gusta, la escalera es decente, la calle muy alegre, y además, varias razones de familia, mil cosas me unen á esos muros.

—Pero—dijo el casero presentando otra vez el recibo,—queda por liquidar el último trimestre.

—Ya lo *liquidaremos*, caballero, tal es precisamente mi intención más íntima.

Mientras tanto el casero no quitaba los ojos de la chimenea donde se hallaba el dinero, y la atractiva fijeza de sus miradas llenas de avaricia era tal, que las monedas parecía que danzaban y se iban hacia él.

—Tengo la fortuna de llegar en un momento en que, sin serle gravoso, podremos saldar esta pequeña cuenta—dijo presentando el recibo á Marcelo, quien, sin tiempo para parar la estocada, se desentendió una vez más y volvió á reanudar con su acreedor la escena de don Juan con el señor Domingo (1).

—¿No tiene usted propiedades en provincias?—preguntó.

—¡Oh!—respondió el casero.—Poca cosa; una casita en Borgoña, una alquería, poca cosa, que no produce nada... los colonos no pagan... Así es que—añadió volviendo á presentar el recibo,—este pequeño cobro me viene de perilla... Son sesenta francos, según ya sabe usted.

—Sesenta, sí — repitió Marcelo dirigiéndose hacia la chimenea, de donde tomó tres monedas de oro.—Digamos sesenta—y puso los tres luises encima la mesa, á alguna distancia del casero.

(1) De la comedia de Molière.

—¡Por fin!—murmuró éste, cuyo rostro se animó súbitamente, y puso también su recibo sobre la mesa.

Schaunard, Colline y Rodolfo contemplaban la escena con inquietud.

—¡Pardiez! caballero—exclamó Marcelo,—puesto que es usted borgoñón, no se negará á decir dos palabras á un compatriota.

Y haciendo saltar el tapón de una botella de Macón viejo, llenó un vaso para el casero.

—¡Delicioso!—dijo éste...—Nunca lo he bebido mejor.

—Es de un tío mio que vive allí, y que me manda algunas cestas de vez en cuando.

El casero se había levantado, y ya iba á extender la mano hacia el dinero que tenía ante sí, cuando Marcelo le detuvo otra vez.

—No me rehusará usted otro vasito—dijo escanciando de nuevo y obligando al acreedor á chocar el vaso con el suyo y con el de los demás bohemios.

El casero no se atrevió á rehusar. Bebió otra vez, dejó su copa, y se disponía también á recoger el dinero, cuando Marcelo exclamó:

—A propósito, caballero, se me ocurre una idea. En este momento estoy bastante bien de dinero. Mi tío de Borgoña me ha enviado un suplemento de pensión y temo disipar ese dinero. La juventud no calcula, ya lo sabe usted... Si no le contrariara, le pagaría otro trimestre por adelantado.

Y tomando otros sesenta francos en escudos los reunió á los luises que estaban sobre la mesa.

—Entonces voy á extender un recibo del trimestre que corre—dijo el propietario.—Traigo algunos en blanco en mi bolsillo—añadió sacando la cartera.—Voy á llenarlo y á poner la fecha por

adelantado. Es simpático este inquilino—pensó para sí mientras acariciaba los ciento veinte francos con los ojos.

Al oír aquella proposición, los tres bohemios, que no comprendían una palabra de la diplomacia de Marcelo, se quedaron estupefactos.

—Esta chimenea echa humo, y esto es muy molesto.

—¿Por qué no me lo avisaba usted? Habría llamado al fumista—dijo el propietario, que no quería ser inferior en deferencias.—Mañana mandaré los operarios.—Y habiendo terminado de llenar el segundo recibo, lo unió al primero, los colocó entrambos ante Marcelo, y aproximó de nuevo la mano al montón de dinero.—No sabe usted cuánto tiempo me llega este dinero—dijo.—Tengo que pagar algunas cuentas por reparaciones á mi inmueble... y me encontraba con dificultades.

—Siento haberle hecho esperar tanto—observó Marcelo.

—¡Oh! no me daba ningún cuidado... Señores... Tengo el honor...—y volvió á alargar la mano.

—¡Oh! ¡oh! permítame usted—exclamó Marcelo,—no hemos terminado aún. Ya sabe usted el proverbio: cuando el vino está destapado...

Y volvió á llenar el vaso del propietario.

—Hay que beberlo...

—Tiene usted razón—dijo éste sentándose otra vez por cortesía.

Esta vez, á una ojeada que les lanzó Marcelo, los bohemios comprendieron cual era su objeto.

Mientras tanto el casero, empezaba á mover las pupilas de un modo desusado. Se columpiaba en la silla, profería palabras licenciosas, y prometía

á Marcelo, que le pedía algunas reparaciones en la casa, fabulosas reformas para embellecerla.

—¡ Adelante la gruesa artillería!—dijo el artista en voz baja á Rodolfo, indicándole una botella de ron.

Cuando hubo apurado la primera copa, el casero entonó una canción licenciosa que hizo ruborizar á Schaunard.

Después de la segunda copa, relató sus infortunios conyugales; y como su esposa se llamaba Elena, él se comparó á Menelao.

Después de la tercera copita, tuvo un acceso de filosofía y emitió algunos aforismos como los que siguen:

«La vida es un río.

»La fortuna no da la felicidad.

»El hombre es efímero.

»¡ Qué agradable es el amor!»

Y tomando á Schaunard por confidente, le contó sus relaciones clandestinas con una muchacha á quien puso casa, y que se llamaba Eufemia. E hizo un retrato tan detallado de aquella joven, de ingenua ternura, que Schaunard empezó á sentirse poseído de extrañas sospechas, que se convirtieron en certidumbre cuando el casero le enseñó una carta que sacó de su cartera.

—¡ Cielos!—exclamó Schaunard al observar la letra.—¡ Mujer cruel! Me hundes un puñal en el corazón.

—¿Qué tienes?—exclamaron los bohemios, sorprendidos por aquel lenguaje.

—Mirad—dijo Schaunard,—esta carta es de Eufemia; mirad este garabato que sirve de firma.—E hizo circular la carta de su ex-amante, que empezaba con estas palabras:

«Angelito mio.»

—Soy yo su angelito—dijo el casero tratando en vano de levantarse de la silla.

—¡ Perfectamente!—dijo Marcelo que le observaba,—ya ha echado anclas.

—¡ Eufemia! ¡ Eufemia!—murmuraba Schaunard,—me has dado un gran disgusto.

—Le he amueblado un pequeño entresuelo, en la calle de Coquenard, número 12,—dijo el propietario.—Está muy bonito... muy bonito... y me ha costado mucho dinero... Pero el amor sincero no tiene precio, y además tengo veinte mil francos de renta... Ella me pide dinero,—prosiguió recordando la carta.—¡ Pobre niña!... Voy á regalarle éste, y estará contenta...—y alargó la mano hacia el dinero preparado por Marcelo.—¡ Hola, hola!—exclamó con sorpresa mientras palpaba la mesa—¿dónde se ha metido?...

El dinero había desaparecido.

—Es imposible que un hombre honrado se preste á tan culpables manejos—se dijo Marcelo.

—Mi conciencia, la moral me prohíben dejar en manos de este viejo libertino el dinero de los alquileres. No pagaré ya el trimestre. Pero mi alma se quedará al menos sin remordimientos. ¡ Qué costumbres! ¡ Un hombre tan calvo!

Mientras tanto el casero se había ido á pique y pronunciaba en alta voz discursos insensatos á las botellas.

Como hacia ya dos horas que estaba ausente, su esposa, inquieta por él, envió la sirvienta á buscarle, la cual, al verle, empezó á dar grandes voces.

—¿Qué le han hecho á mi amo?—preguntó á los bohemios.

—Nada—dijo Marcelo;—hace poco subió para

cobrar el alquiler; y como no teníamos dinero para pagarle, le hemos pedido una prórroga.

—Pero si está borracho—dijo la doméstica.

—Lo principal ya estaba hecho—respondió Rodolfo;—cuando ha subido nos ha dicho que había estado arreglando la bodega.

—Y había perdido de tal modo la cabeza—prosiguió Colline,—que quería dejarnos los recibos sin cobrar.

—Los devolverá usted á su esposa—añadió el pintor entregándole los recibos;—nosotros somos personas honradas, y no queremos aprovecharnos de su estado.

—¡ Ah, señor! ¿Qué dirá la señorita?—exclamó la sirvienta arrastrando al casero, que no podía tenerse en pie.

—¡ Por fin!—exclamó Marcelo.

—Volverá mañana—dijo Rodolfo;—ha visto el dinero.

—Cuando vuelva le amenazaré con revelar á su mujer sus relaciones con la joven Eufemia, y nos concederá un plazo.

Cuando el casero hubo salido, los cuatro amigos se pusieron á beber y á fumar otra vez. Marcelo, únicamente, conservó un sentimiento de lucidez en su embriaguez. A cada instante, al menor ruido de pasos que oía en la escalera, corría á abrir la puerta. Pero los que subían, deteníanse siempre en los pisos inferiores; entonces el artista volvía lentamente á sentarse al lado de la lumbre. Tocaron las doce de la noche y Musette no había comparecido aún.

—Seguramente — pensó Marcelo, — no estaba en casa cuando le llevaron mi carta. La encontrará esta noche cuando vuelva, y vendrá mañana por la mañana; aun encontrará fuego. Es imposi-

ble que no venga. Vamos, hasta mañana.—Y se durmió en un rincón del hogar.

En el momento en que Marcelo se dormía soñando en ella, la señorita Musette salía de casa de su amiga, la señora Sidonia, donde había permanecido hasta entonces. Musette no iba sola, la acompañaba un joven. Un coche esperaba á la puerta; subieron ambos y marchó al galope.

La partida de lansquenete continuaba en casa de la señora Sidonia.

—¿Pero dónde está Musette?—preguntó de pronto uno.

—¿Dónde está el joven Serafín?—dijo otro.

La señora Sidonia se echó á reír.

—Acaban de escaparse juntos,—dijo.—¡ Ja, ja! Es un cuento muy gracioso. ¡ Qué original es esa Musette! Fugúrense ustedes...

Y explicó á la sociedad como Musette, después de haber casi reñido con el vizconde Mauricio, después de ponerse en camino para ir á casa de Marcelo, había subido un instante, por casualidad, y como allí se había encontrado con el joven Serafín.

—Yo ya sospechaba algo—dijo Sidonia interrumpiendo su relación;—les he estado observando toda la noche; no es tonto ese muchacho. En una palabra—prosiguió,—se han marchado sin decir oste ni moste y échenles ustedes un galgo. Lo curioso del caso es que Musette está loca por su Marcelo.

—Si es verdad que está tan loca, ¿por qué se encapricha con Serafín, un niño casi? No ha tenido aún ninguna querida,—dijo un joven.

—Le querrá enseñar á leer—objetó el periodista que se ponía muy tonto cuando perdía.

—Lo mismo da—prosiguió Sidonia,—pero ya que ama á Marcelo, ¿por qué escapar con Serafín? Esto es lo que me choça.

—¡Ay! sí. ¿Por qué?

.....
Durante cinco días, y sin salir de casa, los bohemios estuvieron entregados á la vida más alegre de este mundo. Permanecían sentados á la mesa desde la mañana hasta la noche. Un admirable desorden reinaba en la habitación, cuya atmósfera estaba cargada de pantagruélicos vapores. Sobre un entero banco de conchas de ostras estaba acostado un ejército de botellas de varias formas. La mesa estaba cubierta de restos de todas clases, y en la chimenea ardía un bosque.

El sexto día, Colline, que era el maestro de ceremonias, compiló, según hacía cada mañana, la lista del almuerzo, de la comida, de la merienda y de la cena, y la expuso á la apreciación de sus compañeros, rubricándola cada uno en señal de asentimiento.

Pero cuando Colline abrió el cajón que servía de caja, para tomar el dinero necesario para pagar el gasto del día, retrocedió dos pasos y se puso amarillo como el cetro de Banquo.

—¿Qué hay?—preguntaron con indiferencia los demás.

—Hay que sólo hay treinta sueldos—respondió el filósofo.

—¡Demonio! ¡demonio!—exclamaron aquéllos. —Esto nos obligará á modificar nuestra lista. Serán treinta sueldos bien empleados... ¡Cierto que no comeremos trufas!

Unos instantes después, la mesa estaba servida.

Cuando volvió á su casa, se acostó á toda prisa y tuvo los más agradables sueños. Se veía llevando del brazo por los bailes, los teatros y los paseos á la señorita Laura, vistiendo trajes más ricos que los que ambicionaba la coquetería de *Piel de Asno* (1).

A las once del día siguiente, Rodolfo se levantó, según su costumbre. Su primer pensamiento fué para la señorita Laura.

—Es una mujer distinguida,—murmuró;—estoy seguro que ha sido educada en San Dionisio. Al fin voy á conocer la dicha de tener una amante que no sea vulgar. Decididamente haré muchos sacrificios por ella; me voy á buscar dinero á *La gasa de Iris*, me compraré un par de guantes y conduciré á Laura á comer en un restaurant en donde den servilletas. Mi traje no está en muy buen estado, que digamos,—dijo mientras se vestía:—pero ¡bah! el negro viste mucho.

Y salió para dirigirse á las oficinas de *La gasa de Iris*.

Mientras atravesaba la calle, halló un ómnibus á cuyos lados se habían fijado carteles que decían:

HOY, DOMINGO, MANARÁN LAS FUENTES DE
VERSALLES

Un rayo que hubiera caído á los pies de Rodolfo no le hubiera causado tan intensa impresión como la lectura de aquel anuncio.

—¡Hoy, domingo! Lo había olvidado,—excla-

(1) Protagonista de uno de los cuentos más bonitos de Perrault.